

## Imágenes del poder femenino en la Roma antigua. Entre Livia y Agripina<sup>2</sup>

### *Images of female Power in ancient Rome. Between Livia and Agrippina*

#### RESUMEN

En este texto se analizan los ejemplos de Livia y Agripina la menor, cuyas biografías pueden mostrar cómo las mujeres se sirvieron del rol materno para intervenir en asuntos públicos. Sus vidas son relevantes porque emergen en un momento de profundos cambios en la Roma antigua, como fue la época de Augusto, quien estableció un poder dinástico en la sociedad romana. Por primera vez, en la historia occidental emergen atractivos y poderosos personajes femeninos que se implican en la gestión de los asuntos públicos y lo hacen desde su posición de madres. Sus actuaciones no dejaron de provocar ciertos recelos y temor, ya que su intromisión en espacios tradicionalmente masculinos suponía una inversión de roles, que podía poner en peligro el modelo social, claramente defensor de la primacía de los varones. En este ambiente han de comprenderse las imágenes del poder femenino que representaron, entre otras mujeres de su tiempo, Livia y Agripina; una influencia que se percibía como peligrosa, y que ha nutrido representaciones de las *mujeres poderosas* hasta etapas bien recientes.

**Palabras clave:** madres, mujeres poderosas, Roma antigua, poder femenino, Livia, Agripina, princesas Julio-claudias, historia, género.

#### ABSTRACT

This paper analyzes the cases of Livia and Agrippina the Younger, whose biographies can show how women took advantage of their maternal role in order to intervene in political issues. Their lives are relevant because they lived in a period of deep changes in Ancient Rome; in particular, the time of Augustus, who established a dynastic power in Roman society. For the first time in Western history, there stood out powerful and attractive female figures that became involved in the management of public issues, and they did so from their position as mothers. Their behavior provoked fear and distrust, as their intrusion on spaces that had been traditionally deemed as masculine implied a case of role-reversal that

1 Universidad de Oviedo. Fundadora del Seminario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Oviedo, vicepresidenta de AUDEM (Asociación Universitaria de Estudios sobre las Mujeres) y presidenta de la AEIHM (Asociación Española de la Investigación Histórica sobre las Mujeres). Especialista en la historia de las mujeres y de género de las sociedades antiguas.

2 Este artículo se inscribe en el proyecto de I + D, «Claves diacrónicas de la divergencia social entre las construcciones sociales y culturales de la maternidad» (Ref. HUM2009-10035HIST). El texto se presentó inicialmente como conferencia en el ciclo organizado por el Máster de Ciencias de la Antigüedad, de la Universidad Complutense en los cursos 2011-12 y 2013-14. Agradezco al alumnado y profesorado sus aportaciones.

could endanger the social model, clearly designed in defense of male superiority. In this environment, Livia and Agrippina, among other women of their period, offered the image of female power, an influence that was perceived as being dangerous, but that has also been used in representations of *powerful women* till recent times.

**Keywords:** Mothers, powerful women, Ancient Rome, female power, Livia, Agrippina, Julio-Claudian princesses, history, gender.

## SUMARIO

- Introducción.- Las mujeres Julio-claudias y el poder femenino en la Roma antigua. Versiones de la historiografía contemporánea.- Las mujeres, las madres y la política de la Roma antigua en los relatos grecolatinos. Tácito y los *Anales*. - Livia y las imágenes femeninas de las Julio-claudias. De esposa influyente a madre repudiada. - Agripina y los excesos de la maternidad. El hijo matricida.- La madre y la mujer poderosa en los discursos masculinos. Prejuicios del pasado en las historias del presente.- Bibliografía.

En la cultura occidental, resultan bastante conocidos los nombres de Livia y Agripina, entre otros, identificados como influyentes mujeres en la política de la antigua Roma. Sus biografías, bastante difundidas, evidencian un inequívoco protagonismo femenino en el ejercicio de tareas públicas, y se suelen mostrar como ejemplo de los supuestos *desastres* que ocasionaron a la sociedad de su tiempo. Desde las construcciones perceptibles en la literatura grecolatina a las valoraciones de los historiadores contemporáneos, que reproducen idénticos prejuicios sobre la presencia femenina en los asuntos públicos, sus vidas han generado influyentes estereotipos del poder femenino, siempre denostado, e incluso han llegado a ser famosas para el gran público. Basta citar a la Livia terrible y envenenadora, protagonista de una exitosa serie de TV, *Yo Claudio*, estrenada en los años setenta del siglo XX y reiteradamente elogiada; ante el éxito de esta ficción, parece difícil pensar en una Livia diferente a la imaginada por Robert Graves, quien se limita a reproducir los juicios vertidos por Tácito sobre este personaje.

Al margen de lo que pueda significar crear éxitos literarios y televisivos, lo cierto es que, históricamente, el poder femenino se ha asociado a la ambición desmedida, las pasiones, la falta de autocontrol, el asesinato o la conspiración. De esta serie de ingredientes, si hacemos caso a Tácito, Suetonio o Dión Casio, junto a otros autores griegos y latinos de la Antigüedad, las vidas de las Julio-claudias constituyen un buen exponente, desde Livia, la primera mujer que destacó bajo el Principado, a la famosa Agripina, que apareció al final de la dinastía fundada por Augusto.

Sin embargo, ante los avances en la investigación histórica, en especial gracias a las aportaciones de los estudios de mujeres, en la actualidad resultan insostenibles tales planteamientos sobre lo que fueron e hicieron personajes femeninos de la familia Julio-claudia. Por ello, debería elaborarse un retrato más cercano a la realidad, que permitiera comprender sus actuaciones en la sociedad de su tiempo, en la que imperaba un modelo patriarcal que impedía legalmente el desempeño de cualquier tarea pública a las mujeres, destacando de manera especial su exclusión de la actividad política. En este sentido, no basta la necesaria lectura crítica de las fuentes literarias, que implica desenmascarar los intereses espurios de los relatos de los autores clásicos,

desde sus posiciones ideológicas hasta su defensa de un determinado modelo social que implica la sumisión femenina. Este planteamiento resulta ya muy habitual a la hora de enfrentarse a la literatura grecolatina para observar cómo se pensaba en el papel de las mujeres, cuando se procura evidenciar su androcentrismo, o se pretende descifrar lo que está más allá del texto<sup>3</sup>; un ejercicio, por cierto, que también conviene realizar en las lecturas de publicaciones modernas y bastante recientes. En realidad, resulta bastante más sugerente comprobar cómo las críticas a las princesas Julio-claudias, en el fondo, evidencian las preocupaciones por el abandono del tradicional rol femenino de domesticidad<sup>4</sup>. Al dedicarse a la gestión de los asuntos públicos, tarea que se consideraba de absoluta competencia masculina, se entrometían en espacios que no eran los concebidos como adecuados para la población femenina. Desde esta percepción, la mujer poderosa representa la inversión de los roles de género, que genera desórdenes sociales; es decir, actúa como agente desestabilizador<sup>5</sup>. Por ello, interesa magnificar los males, supuestos o reales, del poder femenino.

No conviene olvidar que, con frecuencia, estas mujeres son enjuiciadas con los mismos adjetivos que sus parientes masculinos, al menos de aquellos con quienes mantuvieron una estrecha relación. Es decir, carecen de importancia por sí mismas; por tanto, sus biografías suelen presentarse como prolongaciones de las vividas por los varones de su familia. Si algunas alcanzaban igual fama que sus parientes masculinos, un hecho ciertamente llamativo, se debe a que suelen atribuírseles idénticos defectos que a sus esposos o hijos, para los que pueden convertirse en una fuente de desgracias. Rara vez la princesa ejercía una influencia benéfica sobre el príncipe de turno, y así se pone de manifiesto en el caso de Agripina y la relación con su hijo Nerón, ambos seres deplorables.

Sin embargo, la realidad tal vez fue un poco diferente y quizá tengamos que repensar estas biografías, que en la sociedad de su tiempo debieron construirse y difundirse de manera muy distinta a las imágenes ofrecidas por la literatura. Conviene recordar que, en la práctica, las princesas de la casa imperial, ante el conjunto de la sociedad, destacaban porque representaban modelos de feminidad (Fischler, 1994: 115). En este sentido, tenían que ejercer una función fundamental, la de procrear, ya que de ella dependía la pervivencia de la propia *domus* al frente del Imperio. Por ello, la figura de la madre resultaba de crucial importancia, aun más cuando se había abandonado las prácticas republicanas y se había impuesto una concepción dinástica del poder, como sucedió con la familia de Augusto. Ante las nuevas circunstancias, referirse a las mujeres Julio-claudias significa remitirse a un poder que se transmite por la vía hereditaria, y en el que los parientes femeninos tenían la función de alumbrar al sucesor, al igual que había sucedido en los cercanos reinos helenísticos (Cid López, 1997). De ahí el protagonismo de la esposa del príncipe

3 Sobre esta forma de enfrentarse al análisis de los textos para investigar sobre las mujeres y lo femenino, resultan muy interesantes las aportaciones de Suzanne Dixon (2001: IX-XI).

4 La identificación de la domesticidad como espacio real y simbólico de lo femenino está revisándose desde los estudios de mujeres y el caso de la Antigüedad no es una excepción. Véase Frei-Stolba *et al.* (2003).

5 Aunque el ejemplo paradigmático de esta situación es Cleopatra (Cid López, 2000 y 2012).

en su tarea reproductora; es decir, de la figura de la madre<sup>6</sup>. Paradójicamente, en esta dinastía y en otras posteriores de la Roma imperial, casi ningún príncipe reinó por ser hijo biológico del antecesor; quizá, por ello, las princesas capaces de situar a sus hijos a la cabeza del Imperio fueron quienes parecieron alcanzar las más altas cotas de poder. Ha de tenerse en cuenta que en el caso de las Julio-claudias, su protagonismo se acrecentó, sin duda, por el hecho de que los sucesores de Augusto se ligaban al fundador de la dinastía por la ascendencia femenina; así sucedió desde Calígula a Nerón, con la excepción de Tiberio, hijo biológico de Livia y adoptivo de Augusto. Y, entre todas, en primer lugar destacó Livia, paradigma de la madre entre los Julio-claudios, aunque también se la suele mencionar como esposa de Augusto; junto a ella, Agripina la menor, de quien resulta incluso difícil recordar el nombre del primer marido y padre de su único vástago, pero que se asocia indisolublemente a su hijo Nerón. A propósito de sus vidas y de la construcción de sus biografías, también acerca de las imágenes complejas y polémicas de estos personajes, merece la pena reflexionar, y valorar especialmente las razones que inspiraron las representaciones del *terrible* poder femenino en la literatura antigua.

### **Las mujeres Julio-claudias y el poder femenino en la Roma antigua. Versiones de la historiografía contemporánea**

Si echamos una mirada a los textos de los autores griegos y latinos, pero también a la historiografía contemporánea, resulta muy llamativo el interés que suscitaron las biografías de estas princesas. Sobre ellas se ha escrito y se sigue escribiendo desde hace tres siglos, con falsas pretensiones de construir relatos históricos fidedignos. En este sentido es elocuente el hecho de que no sólo antes del surgimiento de la Historia de las mujeres, sino incluso de la propia concepción de la Historia como disciplina académica, intelectuales, eruditos y anticuarios se preocuparon de indagar en sus biografías. Ciertamente, no se trataba de pioneros ni del feminismo ni de concepciones innovadoras de la historia.

El camino recorrido es largo, si consideramos que el primer libro dedicado a las mujeres de las familias de los emperadores romanos, cuyo autor fue Jacques Roergas de Serviez, se publicó en el año 1720 y todavía sigue escribiéndose sobre el particular. Estas mujeres continúan ejerciendo una enorme fascinación, como revelan trabajos recientes, por cierto, algunos bastante rigurosos en la aproximación a estos personajes (Cenerini, 2009; Hidalgo de la Vega, 2012 o Domínguez Arranz, 2010 y 2013)<sup>7</sup>. Como no podía ser de otra manera, la evolución del tratamiento historiográfico, o incluso meramente literario, de estos personajes revela gustos y preferencias según las épocas, pero sobre todo los cambios de planteamiento en

6 Sobre las madres de las sociedades antiguas, con especial atención a las figuras poderosas, míticas e históricas, véase especialmente Cid López (2009 y 2010).

7 Como muestra de la actualidad de esta temática, en la excepcional y voluminosa obra, *Women in the Ancient World* (James & Dillon, 2012), figuran varios artículos dedicados a las mujeres y el poder, destacando la atención a las Julio-claudias en las aportaciones de Judith P. Hallet (372-384), aunque atiende más bien a la situación de las romanas en general y no sólo de las mujeres de la familia imperial; de Alison Keith (385-399) y de Elizabeth Bartman (414-422).

las metodologías y epistemologías históricas, aunque se percibe con claridad una nota dominante. Me refiero a la actitud de misoginia que preside gran parte de las contribuciones, revelando los prejuicios comunes sobre las mujeres, y aun más sobre las que pudieron ejercer influencia política, como se muestra en la obra del intelectual e ilustrado francés Serviez, con un título más que sugerente, *Las emperatrices romanas o la historia de la vida y las intrigas secretas de las mujeres de los Doce Primeros Césares*<sup>8</sup>. En este libro, las princesas aparecen como chismosas, incapaces de guardar secretos, dotadas de curiosidad malsana, avaras, ambiciosas, corruptas, conspiradoras, intrigantes,... y algunas hacen gala también de un apetito sexual desbordante. De la ambiciosa y envenenadora Livia a la atroz Agripina, se nos presenta una magnífica galería de personajes femeninos de las dinastías que gobernaron el Imperio, casi siempre tratados con tintes críticos y despectivos. Es decir, se presenta a seres incapaces de gobernar al carecer de la serenidad, la capacidad de autocontrol, la firmeza o la ecuanimidad, entre otras virtudes que ha de exhibir un buen emperador. Curiosamente, cuando se alude a estos personajes femeninos, que supuestamente serían los protagonistas de la obra, se cuentan más detalles de las vidas de sus maridos o hijos. Ante la presencia de mujeres perversas, Serviez quiere revelarnos, en tono aleccionador, que un buen príncipe ha de ser capaz de sustraerse a la influencia nefasta de su círculo femenino; supuestamente, así había ocurrido con Augusto, que siempre había impuesto su voluntad y criterio frente a su hermana Octavia, su hija Julia e incluso ante la propia Livia, su esposa.

A pesar de las insuficiencias que se detectan en esta obra, visiones con similares planteamientos se mantuvieron hasta el siglo XX e incluso en la actualidad, como muestran las obras de Giovanni Ferrero (1925), Umberto Silvagni (1927), Joseph MacCabe (1911) o el más reciente de Annelise Freisenbruch (2010), entre otros muchos. Habrá que esperar a las últimas décadas del siglo XX para detectar ligeros cambios en estas visiones, imponiéndose de manera gradual un acercamiento a las biografías de las Julio-claudias o de las mujeres de otras dinastías, cada vez más alejado de prejuicios y recelos ante el poder femenino (Burns, 2007)<sup>9</sup>. En realidad, las valoraciones más sugerentes y enriquecedoras, algunas quizá no exentas de polémica, provienen, sin duda, de los estudios más modernos, en especial de la Historia de las mujeres y del género.

No por casualidad, cuando la Historia de las mujeres empezó a tener sus seguidores entre los especialistas de la Antigüedad, los temas preferentemente elegidos eran los relacionados con mujeres poderosas. Seguramente porque sobre ellas disponíamos de un material muy superior frente al relacionado con otras romanas de condición más humilde. Pero no sólo se trató de analizarlas a través de lo que nos contaban los textos, sino también de la información procedente de los testimonios iconográficos, grabados en las monedas o los restos escultóricos. Esta cuestión es muy importante,

8 Traducción literal del título en francés, *Les Impératrices Romaines ou l'histoire de la Vie et des Intrigues Secrètes des Femmes des Douze Premiers Césars*. Esta obra ejerció una decisiva influencia, perceptible en autores del siglo XX (Cid López, 2010).

9 No siempre se trata de trabajos vinculados con los estudios de mujeres, como sucede en los casos de Laurence (1997) o Bauman (1992), cuyos juicios, afortunadamente, han dejado de reproducir las visiones misóginas de los autores antiguos; aunque, aún en el siglo XX, algunos historiadores los seguían manteniendo, como resalta Laurence (1997: 135).

desde el momento en que los últimos responden a la imagen propagandística creada por la propia casa imperial, y conviene contrastarla con lo que luego se contó por parte de los autores grecolatinos, cuyos intereses eran otros y que hacen gala de evidentes rasgos de misoginia<sup>10</sup>. Como un ejemplo entre otros, Agripina figura como madre posesiva, dominante e incestuosa en los relatos literarios de la época, mientras que en los testimonios numismáticos y escultóricos se la representa como mujer abnegada, casta y virtuosa (Ginsburg, 2006: 130-133).

A partir de testimonios muy diversos, desde la iconografía a la numismática, pero también de lecturas diferentes de los textos grecolatinos, provenientes de la historia de las mujeres o de los estudios de género, se trataba de conocer lo que habían hecho las mujeres *poderosas*; de valorar cómo se construía lo femenino y afectaba tal concepción al alcance de su actividad política o a las relaciones con los hombres; también de profundizar en el significado que se otorgaba a sus actividades, ya que históricamente se ha considerado menos importante lo que hacen las mujeres frente a lo realizado por los varones. En especial, desde la categoría del género, se percibió de qué forma se habían creado los discursos que definían la feminidad y regulaban los comportamientos de las mujeres, a las que se situaba fuera de los escenarios político y público; es decir, de los centros de toma de decisión. Se argumentaba que la naturaleza femenina no era apropiada para ejercer tan compleja tarea, puesto que la debilidad de carácter femenina justificaba su posición sumisa y conducía a su reclusión, disfrazada de protección, en los ambientes domésticos. Ante tales concepciones, una mujer tomando decisiones, interesada en los asuntos públicos y con idénticas preocupaciones que los varones, representaba una transgresión en la sociedad (Ginsburg, 2006: 130-133 y Cid López, 2012). Era un elemento disgregador y desestabilizador, que rompía radicalmente con la tradición y el *mos maiorum*.

Por ello, las princesas Julio-claudias constituían un tema de investigación privilegiado, sobre las que se disponía de abundantes testimonios relacionados con sus vidas, puesto que habían sido protagonistas de acontecimientos conocidos y cruciales para la historia. De ahí que inspirasen imágenes del poder femenino, aunque sobre todo sus biografías sirvieron para propagar o imponer modelos de comportamiento para las mujeres de su época. En cualquier caso, del contenido de estos textos parecía deducirse que habían ejercido una notable influencia en la política de su tiempo y, desde el principio, llamó la atención el hecho de que las mujeres más destacadas fueron sobre todo las que ejercieron de madres de los príncipes<sup>11</sup>.

Ciertamente, a partir de Augusto, el establecimiento de un nuevo orden en la sociedad romana implicó que no sólo el príncipe sino su familia, incluidos hombres y mujeres, tuviesen protagonismo público. Era preciso otorgar un papel a los parientes

10 La atención a la información literaria, como muestra de los discursos dominantes, se percibe en publicaciones recientes (Cenerini, 2009 e Hidalgo de la Vega, 2012). Aunque se presta cada vez más atención a las representaciones iconográficas, de tipo numismático o escultórico (Wood, 1999; Katsari, 2002; Keltalen, 2002 y Domínguez Arranz, 2009).

11 Sobre las mujeres de la casa imperial como modelos de mujer la bibliografía es muy abundante (Fischler, 1994; Cenerini, 2002; Berrino, 2006; Ginsburg, 2006 y Bertholet, 2008). De igual modo, la maternidad y el poder ha sido objeto de atención ante las posibilidades que ofrecen las biografías de las Julio-claudias (Hidalgo de la Vega, 2012 y Domínguez Arranz, 2009).

femeninos, ya que se trataba de personajes públicos y fundamentales en el entramado de los juegos sucesorios, pero sin que ello implicara cambiar el modelo de sociedad, incuestionablemente patriarcal. En este sentido, se buscó potenciar el rol tradicional de las mujeres en el seno de la familia imperial, que debían aparecer como modelos para el resto de la población femenina de la sociedad romana<sup>12</sup>. Su papel sería cuidar de la *domus*, en este caso la *Augusta*, la que regía los destinos del Imperio; también ser fiel al esposo y tener hijos. En apariencia, no debían entrometerse en asuntos públicos, salvo como consejeras del príncipe, y sin sobrepasar los espacios domésticos y privados.

Parece que tal era el comportamiento aceptado de manera convencional, pero los personajes femeninos de la familia imperial no siempre acataron tales reglas, como refleja la literatura grecolatina y se ejemplifica en el caso de Livia, hábil en su exhibición del rol de matrona tradicional, que utilizó inteligentemente para entrometerse en los asuntos de gobierno y convertir a Tiberio en príncipe de Roma. Pero aún se alejó más de las costumbres de los antepasados Agripina, quien colocó a su hijo a la cabeza del Imperio, de cuya incapacidad debía ser consciente, y a sabiendas de que podía perecer por ello, como así ocurrió.

### **Las mujeres, las madres y la política de la Roma antigua en los relatos grecolatinos. Tácito y los *Anales***

En realidad será Livia la primera mujer histórica que inspire la imagen de mujer poderosa en la Roma antigua. Sin duda, y de manera elocuente representa el personaje que mejor mostró el alcance de la influencia femenina en la sociedad del Imperio. Su biografía la conocemos bien gracias a la información de Tácito, en sus conocidos *Anales*, de enorme impacto en la construcción del mito de mujer poderosa; también de Suetonio y su obra, *Vida de los doce Césares*, por no citar más que a los autores más conocidos. Estos y otros autores componen la biografía de esta princesa a través de la alteridad, en concreto de la contraposición entre lo femenino y lo masculino; del mismo modo, suelen elaborarse las correspondientes a otras romanas notables, anteriores y posteriores en el tiempo de modo que los escritores antiguos resaltan la ambición desmedida de Livia, un defecto propio de su *naturaleza* femenina, sin reparar en la que sin duda guió la acción política de Augusto, que superó guerras civiles para alcanzar el poder.

En el caso de Tácito, llama la atención que, en sus *Anales*, la mujer adquiera cierto protagonismo<sup>13</sup>. Este autor es el responsable de la creación de imágenes tan perdurables en el tiempo sobre el pernicioso poder femenino, que él adjudicó a las

12 Incluso se afirma que las imágenes públicas de estas mujeres servían para proyectar mensajes sobre la naturaleza del gobierno y sus dirigentes (Fischler, 1994: 115-116 y 128-129).

13 Sobre el tratamiento de lo femenino y las biografías de las mujeres Julio-claudias en la obra de Tácito se dispone de un notable volumen de publicaciones, en los que destaca el interés por desvelar tanto su misoginia como sus críticas al principado de Augusto (Syme, 1981; Santoro l'Hoir, 1994; Cid López, 1999; Ginsburg, 2006: 130-133 y García, 2013). Aunque se dice que Tácito añoraba la república, ejerció una exitosa carrera política como correspondía a un miembro del orden senatorial, al servicio de los príncipes de fines del siglo I y comienzos del siglo I.

princesas Julio-claudias<sup>14</sup>. Así se evidencia en su magnífica creación de una Livia madre dominante, madrastra y envenenadora; una imagen perversa, pero muy creíble para bastantes intelectuales e incluso historiadores, como muestra el caso de Jacques Roergas de Serviez y sus seguidores. El autor de *Anales*, como defensor de la sociedad tradicional, rechaza la participación activa de las mujeres en los asuntos de gobierno. Pero, a la vez deplora el régimen implantado por Augusto, y le interesa desacreditarlo; para ello, procura enfatizar el protagonismo de las mujeres bajo su reinado, un claro síntoma de que se había impuesto un sistema no conforme a las tradiciones romanas.

En estas circunstancias, si Tácito alude a las mujeres de la familia imperial, involucradas en los avatares de la política romana, debe hacerlo porque está reflejando la realidad. Resulta evidente que procuraron intervenir en las decisiones políticas en la medida de sus posibilidades. En realidad, las referencias al protagonismo femenino solían utilizarse para descalificar a los príncipes de turno, como sucede en el caso emblemático de Augusto, quien aparece acompañado de Livia y sometido en ocasiones a su pernicioso influencia; de ahí que finalmente sucumbiera a las presiones de su esposa y nombrase a Tiberio como sucesor; o aún más en la relación de Claudio y Agripina, apareciendo de manera inequívoca la mujer como el personaje dominante en la pareja. Si la relación entre los esposos es compleja, las críticas se exacerban cuando se presentan las acciones de los hijos de estas mujeres, cuyos desaciertos como gobernantes parecen atribuirse a la educación y nefasta presencia de las madres.

En el caso de Suetonio, se observa su clara defensa de la mujer como cuidadora y educadora, que ha de proteger a sus hijos, criticando a las madres posesivas. Es deber del varón huir del regazo materno, que le aprisiona; de modo que se debilita la imagen masculina si el varón evidencia su incapacidad para romper el lazo con la figura materna, cuando esta asume el papel dominante. Como es fácil deducir, denota una absoluta coincidencia con los prejuicios de Tácito y la literatura antigua en general<sup>15</sup>.

En cualquier caso, mantener algún tipo de parentesco con el príncipe significaba protagonismo y reconocimiento. Desde la esposa y la madre hasta las hijas, las nietas y las sobrinas, todas las mujeres de la familia gozaban de prestigio y prebendas. Muchas de ellas podían ser utilizadas en los juegos políticos, en la búsqueda de alianzas, siguiendo una práctica históricamente habitual, pero el papel fundamental lo asumía la esposa, modelo femenino, de quien se esperaba que proporcionase el heredero, que permitiría la permanencia de la misma *domus Augusta* a la cabeza del Imperio (Hidalgo de la Vega, 1998 y 2003 y Corbier, 1995). De ahí la importancia de que fuese virtuosa y nadie cuestionara su fidelidad, ya que implicaría poner en duda la legitimidad del nacimiento y la paternidad.

Lo llamativo entre los Julio-claudios fue el uso que hicieron las mujeres de su papel de esposas del príncipe de turno para beneficiar a sus hijos, procedentes de matrimonios anteriores, y situarlos a la cabeza del Imperio. Así ocurrió con Livia,

14 Con frecuencia recurre al epíteto de *atrox* para definir el carácter de las Julio-claudias (Kaplan, 1979: 414).

15 Dión Casio y Velejo Patérculo emiten juicios similares, aunque se trata de diferenciar al último de Tácito (Laurence, 1997: 130-134 y Cenerini, 2009: 8).

casada con Augusto, pero que colocó a Tiberio, el hijo nacido de una unión previa con Tiberio Claudio; o de Agripina la Menor, esposa última de Claudio, a quien convenció para que nombrase heredero a Nerón, hijo de su primer esposo. Por ello, la figura materna es tan poderosa en esta dinastía, como ocurrió en el caso emblemático de Livia, en cuyo seno fue la que mejor representó el papel de madre del príncipe y del poder femenino. Siguió sus pasos Agripina, pero con menos habilidad y éxito a la hora de forjar una imagen amable en la sociedad de su tiempo; al menos así lo transmiten los autores grecolatinos. Ambos casos serían expresivos ejemplos de *impotentia*, que se percibía como la incapacidad de autocontrol a la hora de llevar a la práctica sus ambiciones políticas (Berrino, 2006, 84-89).

### **Livia y las imágenes femeninas de las Julio-claudias. De esposa influyente a madre repudiada**

Sin duda Augusto, el fundador del Principado, otorgó un protagonismo antes nunca concedido a las mujeres de su familia, útiles en el afán de consolidar el nuevo régimen que pretendía implantar en la sociedad romana (Cenerini, 2009, 17-25). Y, aunque la lista de nombres podría ampliarse, en la vida y obra de Augusto fundamentalmente se reconoce la influencia decisiva de tres mujeres: su hermana Octavia, su hija Julia y su esposa Livia, siendo esta última la que alcanzó mayor protagonismo (Cid López, 1999).

Entre ellas, resulta sorprendente el caso de Julia, que se plegó durante años a los planes paternos, en el sentido de que contrajo los matrimonios queridos por Augusto y tuvo la descendencia que él anhelaba para transmitir su herencia política. De esta mujer, de la que se exalta su faceta de libertina, por lo que fue castigada con el exilio, no se suele comentar el alcance de su relación con Livia, en lo que merecería la pena profundizar. Sus escandalosos adulterios para la época salieron a la luz tras casarse con Tiberio y no tener hijos con él. El alejamiento de Roma y destierro posterior fueron demasiado oportunos para que Livia ocupase un incuestionable protagonismo entre todas las mujeres de la Augusta y afirmase la posición de su hijo como firme receptor del legado político de Augusto. En este sentido, debería considerarse su posible influencia a la hora de hacer públicas las acusaciones vertidas contra Julia, y cuya conducta *immoral* nadie cuestionó en su tiempo<sup>16</sup>. Sin embargo, también se ha planteado que su delito fue enfrentarse a su padre, con quien pareció mantener diferencias políticas<sup>17</sup>.

Al margen de sus actitudes frente a Octavia o Julia, lo cierto es que, en los cincuenta y dos años de su relación conyugal, Livia siempre procuró presentarse como matrona ejemplar y fiel consejera del esposo, aparentando situarse en un discreto segundo plano, aunque no cabe duda de que utilizó su posición en la *domus* para colocar a su

16 El escándalo de Julia se dio a conocer en el año 2 a. C.; su hija, también llamada Julia, fue acusada igualmente de adulterio y condenada al exilio, en el año 8 d. C. (Fantham, 2006 y Cid López, 2009).

17 Una tesis que concita bastantes adhesiones (Cid López, 1999: 68-72; Fantham, 2006; Cenerini, 2009: 32-39 e Hidalgo de la Vega, 2012: 29-30).

hijo Tiberio como sucesor<sup>18</sup>. Con palabras muy conocidas entre los estudiosos de la cultura clásica, Tácito la describe como una mujer, «de una moralidad a la manera antigua, amable más allá de lo que se consideraba propio en las mujeres de antaño, madre dominante, esposa complaciente, bien acomodada tanto a las artes de su marido como a la simulación de su hijo» (*Anales* V 1)<sup>19</sup>.

Conviene resaltar que Livia estaba entroncada con la familia de los Claudios, de gran prestigio en la sociedad romana, un hecho que debió influir en Augusto a la hora de elegirla como su última esposa. Al igual que otras mujeres de su mismo rango social, Livia recibió una educación propia de la élite (Hemelrijk, 1999: 111-118 y 127-128), inculcándosele los comportamientos adecuados en una matrona tradicional, que incluían el respeto y la fidelidad al marido, pero también la consciencia de su papel como romana y defensora de los intereses de la *res publica*. Antes que ella, otras mujeres imbuidas de la importancia de los asuntos públicos también habían procurado intervenir en las actividades políticas, pero será Livia una de las primeras que disponga de mayores ventajas y posibilidades, que sabrá utilizar con inequívoca habilidad.

Huérfana de padre, se casó muy joven con Tiberio Claudio. De este primer matrimonio nacieron Tiberio y Druso, a quien dio a luz con 19 años, cuando ya se había convertido en esposa de Augusto, en el 38 a. C. El hecho de casarse embarazada chocaba con la moralidad de la época, pero se toleró porque era decisión de Augusto, hasta el punto de que el primer marido de Livia hizo de padrino en la ceremonia de los esponsales<sup>20</sup>. Cuando se comenta esta situación, se olvida que Julia, la hija de Augusto y de Escribonia, nació al día siguiente de la celebración del nuevo matrimonio de su padre. En esta fecha, Augusto aún no era el único gobernante de Roma, pero ya regía los destinos del Imperio junto a Marco Antonio y Lépido, con lo que esta unión con uno de los hombres más poderosos de Roma en ese momento situaba a Livia en una situación privilegiada<sup>21</sup>.

Como muestra de su posición excepcional frente a otras mujeres de la sociedad romana, en el año 35 a. C., Augusto promulgó un decreto para que le dedicaran un pórtico en el Esquilino, al igual que hizo con su hermana Octavia; a la vez, también se le otorgaron otros honores, como la inviolabilidad o *sacrosancta potestas* –un privilegio propio de algunos magistrados romanos–; el permiso de que se le pudieran erigir estatuas y, sobre todo, la liberación de la *tutela muliebris*, que en esa fecha era obligatoria para cualquier romana de nacimiento libre. Tales prebendas automáticamente situaban a Livia en una posición preeminente en la sociedad romana, si bien, es cierto, compartida con la hermana de Augusto (Cenerini, 2009: 8,

18 Sin duda, Livia fue la romana a la que se ha dedicado más atención por parte de la historiografía moderna. Entre otros, cabe citar los trabajos de Frascchetti (2001) y el más extenso Barret (2004), quienes proporcionan una notable información y procuran matizar las valoraciones sesgadas de Tácito.

19 Moralejo (1984 y 1986).

20 Las circunstancias que rodearon la ceremonia de su matrimonio con Augusto son resaltadas por Tácito (*Anales* I 10, 5 y V 1-2), entre otros autores grecolatinos. Sobre esta cuestión, véase Cid López (1998: 142, n. 9).

21 Sobre esta etapa de la vida de Livia como esposa de Augusto, véanse Bauman (1992: 126-166), Cid López (1998: 171-153), Barrett (2004: 173-225), Cenerini (2009: 19-24) e Hidalgo de la Vega (2012: 30-31 y 64-68).

e Hidalgo de la Vega, 2012: 61-63). Junto a estas distinciones, también Livia recibió un notable patrimonio, que fue acrecentando con inequívoca destreza, convirtiéndose en una mujer extraordinariamente rica; contaba con un gran número de esclavos y libertos para administrar sus múltiples y variados bienes, consistentes sobre todo en propiedades agrícolas, junto a otros recursos y negocios. Esta fortuna personal la utilizará en numerosas ocasiones para aquellas actividades que sirvan a sus planes políticos; por ejemplo, para buscar alianzas entre el grupo senatorial, donde se granjeó el apoyo de un número notable de estos hombres privilegiados y sus familias. Con frecuencia, se menciona que no dudó en proporcionar los recursos para la dote de jóvenes sin recursos, hijas de senadores, con el fin de que encontraran un marido digno de su posición social. Tales prácticas también reforzaban su imagen de matrona generosa por su actividad energética o caritativa<sup>22</sup>.

Mientras duró su matrimonio con Augusto no se le atribuyó ninguna actividad pública reconocida con un título oficial; simplemente, era la esposa del fundador del principado y padre de la *domus* Augusta. En su seno, ella era la *mater familias*, cuidando de sus propios hijos, tras fallecer su primer esposo; de Julia, la hija que aportaba su esposo, y del resto de la descendencia. Como es sabido, en la sociedad antigua, en caso de divorcio, era el padre quien acogía en su casa a los hijos o las hijas habidas en el matrimonio, en el pleno ejercicio de su derecho de la *patria potestas*. Se ofrece incluso la imagen de una matrona recluida en la *domus*, ligada al telar como las antiguas matronas, una labor compartida por otras mujeres de la familia, y que, ciertamente, resulta poco creíble en el caso de Livia<sup>23</sup>. La noticia de que Augusto sólo llevaba ropa confeccionada por sus parientes femeninos redonda en esta representación de una *domus* que seguía las viejas tradiciones romanas<sup>24</sup>.

Sólo de forma ocasional se refieren episodios de su biografía, que evidencian cierta participación en asuntos políticos, pero que nunca fueron de crucial importancia en los acontecimientos que marcaron la evolución de la Roma de esta época, compleja y convulsa hasta la estabilidad que impuso Augusto. En realidad, si hacemos caso a las informaciones de la literatura grecolatina, los largos años de su convivencia con Augusto los utilizó fundamentalmente para intervenir en la cuestión sucesoria, favoreciendo los intereses de su familia, la Claudia, que desbancó a los Julios, de su esposo y quienes decían descender de la diosa Venus<sup>25</sup>.

Precisamente por la intervención que se le atribuye a Livia en la cuestión sucesoria, emergió la imagen tacitea de conspiradora y *envenenadora*; una acusación no tan fácil de demostrar (Barrett, 2004: 11-12). Ante el hecho de que las personas elegidas por Augusto para sucederle murieron prematuramente y sin llegar a satisfacer sus planes, la imagen de una Livia asesina podía resultar verosímil. Entre los personajes

22 Un comportamiento que imitaba a los varones y que luego se difundió entre la población femenina (Cenerini, 2009: 32-34).

23 Sobre lo que informa Suetonio, «Augusto», 73. Se ha utilizado la versión de *Vidas de los Doce Césares* de Agudo (1992).

24 La propaganda del Principado insistía en el refuerzo de la domesticidad, de lo que las mujeres de la *domus Augusta* debían dar ejemplo (Milnor, 2005).

25 De lo que alardeaba Julio César, padre adoptivo de Augusto, quien por esta vía pasó a formar parte de la familia Julia. La noticia figura en Suetonio, «César», VI 1-2.

previstos por Augusto para sucederle y de cuya desaparición se trató de culpabilizar a Livia, figuran en especial Marcelo, Lucio y Cayo, el yerno y los nietos de Augusto<sup>26</sup>. Tras estos fallecimientos, el propio Augusto decidió que Tiberio le sucedería a la cabeza del Imperio, habiendo fracasado su matrimonio con su hija Julia del que no hubo descendencia.

Con el objeto de reforzar la imagen de mujer ambiciosa y cruel a la hora de imponer sus planes, Tácito, en tono malicioso, sugiere que Livia pudo envenenar al propio Augusto, con la complicidad de Tiberio; para ello, se recrea en la presentación de su muerte en un ambiente de confusión y hechos poco claros<sup>27</sup>. De haber sucedido de este modo, esta desaparición habría acelerado el ascenso de su hijo; o también podía haber ocurrido que ella temiera que el príncipe cambiara de opinión. Tal situación parece impensable en el año de la muerte del fundador del Principado, donde la presencia de Tiberio como nuevo príncipe ya se sospechaba en la sociedad romana y porque previamente así lo había manifestado el propio Augusto. Al no tratarse de un descendiente biológico, lo adoptó como hijo, sistema que afirmaba su posición de legítimo sucesor. Esta decisión puso de manifiesto que, a partir de ese momento, el máximo dignatario de Roma, el *imperator* o príncipe, procedería de una familia destinada a regir los destinos del Imperio. Era la muestra inequívoca de la imposición de un poder dinástico, equiparable a un sistema monárquico, que ponía punto final a la república. En este desmantelamiento de las estructuras del viejo Estado, Livia había tenido una notable presencia y, en realidad, gobernaría alguien de una poderosa familia republicana, a la que pertenecía la madre de Tiberio, el nuevo emperador. De esta situación, era consciente Augusto, que procuró que perdurase la imagen de sus antepasados y el nombre de su linaje.

En efecto, la preocupación de Augusto por la imposición de una dinastía vinculada a la familia Julia se evidencia en las decisiones recogidas en su testamento, en el que Livia figura con el nuevo nombre de *Julia Augusta*, lo que implicaba su inclusión en la familia de su marido<sup>28</sup>. Con ello, se pretendía que Tiberio apareciese como descendiente de un padre y una madre, ambos de la familia de los Julios. Ante la opinión pública y la sociedad romana, se intentaba cambiar la imagen de la madre, para enfatizar el parentesco con la línea paterna, aunque fuese una ficción.

Si en el relato de Tácito se presenta a una Livia interesada en ser la madre del príncipe para dar rienda suelta a sus ambiciones de poder, lo cual no había podido hacer como esposa, también se evidencia la frustración de sus planes por la actitud de Tiberio. Si había soportado la presencia dominante de su progenitora, cuando esta aún estaba casada con Augusto, una vez elegido cabeza del Imperio romano salen a la luz comportamientos del nuevo príncipe propios de un varón de su tiempo, al

26 El primero falleció repentinamente de una enfermedad repentina y los dos últimos en Marsella y Licia, en los años 2 y 4 d. C. (Tácito, *Anales* I 5).

27 Augusto murió en el año 14 d. C. y automáticamente Tiberio fue nombrado nuevo emperador por el Senado y con el apoyo de los militares, sin que tuviese repercusión el episodio de Germania, donde las tropas allí estacionadas preferían a Germánico. Inmediatamente se procedió al asesinato de Agripa Póstumo y de Julia, que aún vivía en el exilio y aislada en una isla según datos de Tácito (*Anales* I 3, 4 y 6, 2), episodios que resalta Barrett (2004: 215).

28 Este hecho tuvo enorme trascendencia política, como comenta Barrett (2004: 11), entre otros.

margen de las actitudes de un hijo que mostró elevadas dosis de hostilidad hacia su progenitora<sup>29</sup>. En palabras de Tácito y ante la sociedad romana, «Tiberio procuraba parecer elegido y llamado por la República, más que sinuosamente impuesto por las intrigas de una esposa y la adopción de un viejo» y «no la quería como compañera en el reinado y de la que no podía librarse por haber recibido el mismo reinado de ella» (*Anales* IV 57). Estas afirmaciones taciteas se han interpretado como muestra de resentimiento, pero, en el fondo, evidencian hasta el exacerbamiento actitudes propias de un varón, que para demostrar y exhibir su masculinidad, aun más en el ejercicio del poder político, no podía permitir suposiciones sobre la influencia femenina en dicha actividad (Cid López, 1999: 75); en especial, en el caso de que recayesen sospechas de culpabilidad en los asesinatos sobre Augusto o los candidatos a sucesores, sus rivales ya desaparecidos. Se imponía el alejamiento de Livia, la madre, para demostrar que el nuevo príncipe, quizá por el afán de exhibir su masculinidad, sería el que verdaderamente iba a gobernar el Imperio<sup>30</sup>.

Pero, aunque su hijo la repudió, el propio Tácito nos hace ver el prestigio que Livia disfrutaba en la sociedad romana, al menos en los sectores senatoriales, quienes propusieron homenajes diversos, síntoma del protagonismo que se le adjudicaba y de su popularidad. Ninguno fue aceptado por Tiberio, por lo que no se hicieron realidad y, entre todos, destaca la concesión del título de *mater patriae*, con lo que se reconocía a nivel público su servicio a la sociedad romana (Bauman, 1992: 126-132 y 137); la concepción de ser protector se trasladaba de la *domus* y familia a la patria, y a la sociedad en su conjunto. A la vez se la igualaba con Augusto, quien sí había sido nombrado *pater patriae*, cuándo aún vivía.

A pesar de que Livia fue relegada de las tareas de gobierno, no cabe duda de que no se desvinculó de los asuntos públicos y procuró continuar la labor de consolidar el nuevo régimen (Burns, 2007: 20). Se comenta que los últimos años de su vida los dedicó a las actividades religiosas, sin entrometerse en los asuntos políticos, lo cual es cierto. Pero, más que a honrar a las viejas divinidades como una piadosa ciudadana, sus esfuerzos se volcaron en la organización del culto imperial, aún en sus comienzos y cuyos efectos políticos eran innegables (Cid López, 1996, 1998 y Frei-Stolba, 2008). Livia se mostró muy consciente de la función ideológica de esta nueva concepción del poder, que identificaba al príncipe con una divinidad y servía para situar a sus descendientes por encima de cualquier otro mortal. Por ello, procuró difundir esta nueva modalidad cultural, que podía servir para consolidar la dinastía Julio-claudia, y la posición del propio Tiberio. En este sentido, fue la que promovió la divinización de Augusto, una vez fallecido; lo hizo pagando una elevada suma por el testimonio de un senador, que estaba arruinado, quien no titubeó al afirmar que había visto cómo Augusto subía a los cielos, prueba de su

29 La reacción de Tiberio interesó incluso a psicoanalistas, quienes consideraron que una excesiva influencia femenina podía desembocar o generar actitudes de locura, como evidencian algunos príncipes Julio-claudios (Cazenave & Auguet, 1990).

30 Por ello, abandonó Roma y se trasladó a Campania, durante los años 21 al 22 d. C. luego a Capri, donde permaneció hasta su muerte en el año 37 d. C. Alejado de la capital, dirigía los asuntos de Estado con el apoyo de Sejano, enemigo de su madre. Sobre el significado de estas ausencias, véase Cid López (1998: 141-151).

divinidad. Para dar ejemplo, junto a otras personalidades, ella misma se proclamó sacerdotisa del nuevo culto (Cid López, 1996 y Frei-Stolba, 2008: 348).

Aunque se dice que la misma Livia estaba interesada en buscar igualmente su propia divinización, lo cierto es que oficialmente fue su nieto, Claudio, quien le concedió este honor, al poco tiempo de ser nombrado emperador, en el 42 d. C. Para ello, colocó su estatua en el templo de Augusto, también dios y denominado *divus Augustus*, y se organizaron sacerdocios femeninos y fiestas en su honor, tanto en Roma como en las provincias. Demostrando más habilidad que sus antecesores, pero en especial frente a Tiberio, este emperador precisaba reforzar su posición, de ahí que intentara presentarse como descendiente de dos seres divinizados, de su abuela paterna Livia y Augusto, al que sólo estaba ligado por el mecanismo de la adopción<sup>31</sup>. Con la declaración de «diosa», en concreto se la llamó *Diva Augusta*, Livia reforzaba el papel del nuevo príncipe, de la *domus* Augusta y del propio sistema dinástico, que ya sería inamovible a pesar de que algunos pudieran añorar la república. De haberse tratado de una mujer impopular, Claudio no la habría elegido para reforzar su papel de emperador; con tales decisiones, también estaba mostrando que el nuevo régimen no podía prescindir de las mujeres de la familia.

Por consiguiente, las acciones de Claudio muestran el reconocimiento de la labor de Livia, como integrante de la familia imperial y, más allá, de la *domus*. Livia falleció en el año 29 d. C., tras vivir una larga vida, ya que alcanzó la sorprendente edad de 86 años. Cuando murió, Tiberio volvió a rechazar los honores propuestos por el Senado, a excepción de que se guardara luto por su ausencia; un último gesto que volvía a poner de manifiesto la distancia que quería exhibir con su progenitora. Si el relato de Tácito abunda en detalles siempre morbosos y poco amables en los hechos y acontecimientos de la vida de Livia, es él quien al final nos acaba mostrando que ella sí entendía de los asuntos de gobierno y lo hacía mejor que algunos príncipes, como fatalmente sucedió con su hijo. Si Tiberio no hubiera prescindido de la influencia de su madre para dejarse guiar por su amigo Sejano, quizá las decisiones erráticas y los excesos de su comportamiento no habrían presidido sus experiencias como gobernante; y si hacemos caso al autor de *Anales*, a partir del momento de la muerte de Livia, «la dominación de Tiberio se hizo ya brutal y agobiante. Pues mientras vivió Augusta quedaba todavía un refugio, porque Tiberio tenía un respeto inveterado a su madre y ni Sejano osaba anteponerse a su autoridad» (*Anales* V 3).

Las palabras de Tácito resultan altamente significativas, en el sentido de reconocer que Livia hubiese sido capaz de gobernar, al menos mejor que su hijo; también ponen en evidencia que había sido la instigadora del nombramiento de Tiberio como príncipe, pero que éste no pareció agradecer los desvelos maternos, ni toleró que usurpase su labor como gobernante, aunque parece que no llegó a perder el respeto hacia la figura materna. En el fondo, mostraba cierto reconocimiento ante su autoridad, que había exhibido hasta el final de su vida. Tal comportamiento, desde

31 Del trasfondo político de sus acciones, es significativo que propusiera tales homenajes a la abuela, pero no a su madre Antonia, que había logrado enorme respetabilidad en la sociedad romana, también por ser esposa del popular Druso. Sobre esta mujer, hija por cierto de Marco Antonio, véase la biografía de Kokkinos (1992).

luego, no fue imitado por Nerón, cuya crueldad le empujó a provocar la muerte de su madre.

### **Agripina y los excesos de la maternidad. El hijo matricida**

En efecto, no todas las princesas gozaron en vida y tras su muerte del prestigio de Livia, como muestra el caso de Agripina la Menor, conocida como la *atrox mulier*, pero también *optima mater*, a partir del relato taciteo<sup>32</sup>. Entre sus antecedentes familiares ha de resaltarse que su madre, Agripina la Mayor, fue una mujer capaz de crear una *factio* o grupo político, que se enfrentó al propio emperador Tiberio (Cid López, 1997: 259); y que su padre, Germánico, siguiendo la voluntad de Augusto, se pensaba que iba a suceder al mencionado Tiberio, a quien se acusó de instigar su prematura muerte.

Entroncada directamente con la familia de Augusto y Livia, de quienes descendían sus padres, los autores grecolatinos nos transmiten un relato poco amable de su personalidad, ya desde su adolescencia. En general, aparece siempre en un entorno de parientes poderosos y totalmente depravados, como ocurrió con Calígula, de quien era hermana, o con el propio Claudio, del que acabó siendo su esposa. Lo que sí se resalta en sus biógrafos es el hecho de su ambición, que evidencia a edad temprana, y, si hacemos caso a las informaciones escritas, desde el momento en que nació su hijo, decidió que este debía ser príncipe.

Sus intereses por las actividades políticas y los asuntos de Estado se detectan en el momento en que reina Calígula, contra quien parece haber participado en una conspiración, que la condujo a la hostilidad con su hermano, al alejamiento y al exilio (Hidalgo de la Vega, 2012: 31-37). Desde muy pronto, su comportamiento nada tiene que ver con el atribuido tradicionalmente a la matrona romana, a quien se exigía prudencia y sumisión ante los parientes masculinos. Al tratarse de una mujer de la familia imperial, muy pronto contrajo matrimonio con un hombre adecuado para su posición social, Domicio Ahenobarbo, del que se destacan sus comportamientos inmorales. Este fue el padre de su único hijo, Nerón, que habría heredado los rasgos de crueldad por partida doble, por la vía paterna y materna. En la Roma del momento, pocas eran las familias que integraban los sectores dirigentes, de modo que este personaje era el tío de Mesalina, la célebre princesa adúltera conocida por sus excesos y esposa del emperador Claudio. Cuando Agripina se marchó al exilio, su hijo quedó al cuidado de la madre de Mesalina y hermana de Domicio, siguiendo la norma de que los hijos permanecían en la casa paterna ante la ausencia de la madre.

Aunque ciertamente no fue un modelo de honestidad, sí que han de resaltarse algunas capacidades en Agripina. Por ejemplo, se dice que escribió sus *Memorias*, y es el único caso de un relato de estas características atribuido a una romana<sup>33</sup>; lamentablemente se perdieron y en el siglo XX, en forma de novela, las redactó

32 Sobre la vida de Agripina se cuenta también con varios estudios, en los que se exploran los episodios morbosos de su biografía y sus efectos, desde Kaplan (1979) a las más documentadas de Barret (1986) o la obra espléndida de Ginsburg (2006); una autora, recientemente fallecida, que reflexiona sobre el poder femenino a partir del caso de la madre de Nerón.

33 Por lo que debía ser una mujer culta (Hemelrijk, 1999: 90-91, 114-118 y 125-128).

el famoso historiador francés Pierre Grimal (1996), ofreciendo un precioso texto y una magnífica descripción de la sociedad de su tiempo, al margen de su visión inequívocamente androcéntrica. De sus inquietudes culturales y de su formación, es ilustrativo que eligiera a Séneca, entre otras cosas destacado filósofo ligado al estoicismo, al que encumbró cuando Nerón llegó al poder, tras haber sido su preceptor; sin embargo, apenas pudo influir en la política de su reinado, porque la hostilidad marcó el final de una relación, que acabó con el suicidio del famoso hispano, consciente de que se procedería a su asesinato por mandato imperial. La elección de este preceptor, que luego procuró convertir en consejero, muestra cómo deseaba que su hijo tuviera formación para saber actuar como gobernante.

Siguiendo la estela de otras mujeres de su familia, deseó y logró que su hijo asumiese el título de príncipe, para lo que maniobró con notable habilidad hasta conseguirlo. En este sentido, resultó crucial su acercamiento a Claudio, el príncipe de turno, con quien planificó el matrimonio como única vía para que adoptara a su hijo Nerón y, de esta forma, se convirtiera en su sucesor. Para ello, tenía que procurar la desaparición de Mesalina, la esposa de Claudio<sup>34</sup>. De nuevo, las acusaciones de adulterio de una princesa Julio-claudia ocasionaron una conmoción en la sociedad de su tiempo. Si hacemos caso a los textos grecolatinos, había cometido todos los excesos sexuales imaginables y había compartido su lecho con infinidad de amantes, por ende de origen social inferior, como dicen que ocurrió con población servil. Cuando los hechos salieron a la luz, ella y su amante Silio Itálico fueron acusados también de traición y de conspiración contra el príncipe; como castigo se les aplicó de manera implacable la pena de muerte<sup>35</sup>. Este escándalo fue providencial para los planes de Agripina, precipitándose su acercamiento a Claudio, a quien logró seducir y convencer de las ventajas de su matrimonio. Al tratarse de su tío, se consideraba una relación incestuosa, por lo que hubo de solicitar el permiso oportuno para que se permitiera su unión.

En el caso de Claudio, como buen exponente de los Julio-claudios y descendiente de Augusto, se destacan igualmente sus costumbres depravadas, acentuadas por ciertos defectos físicos que habrían exagerado las rarezas psicológicas de su personalidad. Con frecuencia, se le presenta como un ser débil ante las mujeres, primero Mesalina, y sobre todo Agripina, lo que se hacía precisamente para desacreditarlo en su faceta de gobernante, ya que parecía incapaz de imponer su voluntad ante las que fueron sus esposas.

Del breve período de este matrimonio, poco se dice sobre la participación de Agripina en los asuntos de gobierno; aunque parece que habían disminuido las ejecuciones y eran más fluidas las relaciones con el Senado (Barrett, 1996: 95-142). Por ello, desconocemos si realmente se involucró en la gestión de los asuntos de Estado, pero resulta evidente que supo influir en las decisiones de Claudio a la hora

34 Sobre la relación entre Mesalina y Agripina, ambas esposas de Claudio y *mujeres terribles*, véanse las reflexiones de Hidalgo de la Vega (2007 y 2012: 46-53 y 71-74) y Mas Torres (2013) a partir de los testimonios taciteos.

35 Como en el caso de Julia, aunque es más difícil demostrarlo, se considera que se penalizaba más la conspiración política que el adulterio en el comportamiento de Mesalina (Cenerini, 2009: 54-66).

de nombrar al que debía ser sucesor. Aunque el príncipe tenía un hijo, Británico, no fue su descendiente biológico el elegido como sucesor, sino Nerón; este último reforzó su presencia ante su padrastro cuando se casó con Octavia, también hija de Claudio, la segunda y última descendiente<sup>36</sup>. Da la impresión de que cuando Agripina consiguió este nombramiento, procuró acelerar el final de Claudio. De nuevo, se pretende mostrar la imagen de la madre ambiciosa que acelera el curso de los acontecimientos para que su hijo llegue cuanto antes al poder, lo que también se insinuó en el caso de Livia.

Muerto Claudio en el año 54, Nerón le sucedió con el beneplácito de los círculos senatoriales y militares. Pronto se procedió a hacer desaparecer al hijo biológico de Claudio, seguramente por temor a que cuestionara el poder de Nerón; tampoco tardó mucho en producirse la ruptura del matrimonio contraído con la hija de Claudio, puesto que el nuevo príncipe buscó otra esposa. La familia de su antecesor había dejado de existir, con el fin de que Nerón ejerciera sus tareas de gobierno sin ningún tipo de obstáculo.

Una vez en el poder, Nerón se empeñó no sólo en alejar a su madre del poder y prescindir de sus consejeros, sino también de acabar con su vida, lo que consiguió al segundo intento. Gran parte de lo conocido sobre Agripina en el reinado de su hijo se relaciona precisamente con los detalles de los planes de sus fallidos asesinatos y el matricidio que finalmente perpetró con éxito, narrados con enorme dramatismo por Tacito. Para el autor de *Anales* (XIV 3, 1):

El caso es que Nerón evitaba los encuentros a solas con su madre, y cuando ella se retiraba a sus jardines o a Túsculo o a la región de Anzío, la alababa para tomarse un descanso. Al cabo, pensando que dondequiera que ella estuviera le resultaba insoportable, determinó matarla, dudando solamente sobre si hacerlo con un veneno o con el hierro o con otra forma de violencia.

Con bastante probabilidad, Agripina debió de ser consciente de las limitaciones de su hijo a la hora de enfrentarse a las tareas de gobierno. De manera abierta, mostró sus afanes por involucrarse en los asuntos de gobierno, en temas propios de los senadores o en asuntos militares. Por ello, Nerón, al margen de las atrocidades que marcaron su comportamiento, no podía tolerar que se creyese que la política de Roma era dirigida por una mujer. Parece indudable, aunque sean ciertos sólo parcialmente algunos de los episodios citados de su biografía, que se trataba de un personaje con un comportamiento desequilibrado, que disfrutaba con la práctica de la violencia y se regodeaba atemorizando a sus súbditos, al margen de las acusaciones de relaciones incestuosas con Agripina; en este sentido, seguía estrechamente los pasos de su tío Calígula. Tras fracasar el intento de hacer desaparecer a su madre en un naufragio provocado, ya que, de manera milagrosa, Agripina salió sana y salva, ordenó que se le matara con espada, síntoma de la hostilidad desquiciada que sentía por su progenitora.

36 Británico y Octavia eran los hijos nacidos de su unión con Mesalina. Sobre los años de su matrimonio con Claudio y el destino de sus hijos, véase Cenerini (2009: 66-73).

Aunque procuró disimular, a medida que las sospechas de que había asesinado a su madre circulaban y crecían por los ambientes de la ciudad, intentó convencer a la sociedad romana de que la muerte de su madre no era tan terrible. Alegaba que, a pesar de ser mujer, había intentando controlar a militares y senadores; incluso exaltaba su tacañería, cuando recordaba que en determinadas ocasiones había intentado regatear las donaciones a la plebe. Con la masculinización de las acciones maternas, lo que procuraba era precisamente desprestigiar el comportamiento de Agripina, a la vez que intentaba incluso mejorar su propia imagen. Pero parece que la política de Nerón empeoró notablemente a partir de la muerte de su madre (Barrett, 1996: 179-180). De nuevo Tácito (*Anales* XIV 11, 2-3) relata que

añadía acusaciones que se remontaban a más atrás: que había concebido esperanzas de verse asociada al imperio, que las cohortes pretorianas prestaran juramento a una mujer, y que igual deshonor se impusiera al senado y al pueblo; que, después de haber fracasado en sus intentos, llena de odio hacia el ejército, los senadores y el pueblo, le había dado consejo en contra de los repartos públicos a favor de los soldados y la plebe, y tramado insidias contra ilustres varones. ¡Qué fatigas le había costado a él evitar que irrumpiera en el senado y que contestara a los alegatos de los pueblos extranjeros!.

En cualquier caso, la relación entre Agripina y Nerón evidencia los excesos en múltiples sentidos, de una madre obsesionada con el proyecto de que su hijo obtuviera el título de príncipe, planificando una estrategia que comenzó en su infancia y que condujo a una relación materno-filial enfermiza, que llegó a incluir insinuaciones de prácticas incestuosas. Aunque, llamativamente, por su exilio y relación con su esposo, cuando era niño, Nerón parece que no pasó demasiado tiempo con su progenitora, lo que quizá marcó su futura biografía, al no haber establecido lazos afectivos con ella en la primera etapa de su vida. Agripina llevó hasta el extremo el papel de madre posesiva, que dirige al detalle la vida de su hijo, quien nunca había cuestionado las decisiones maternas, hasta asumir la dignidad imperial; síntoma de que también compartía sus aspiraciones. El carácter monstruoso no sólo es achacable a Agripina; aún más atroz fue el comportamiento de su hijo, aunque se pretenda atribuirlo a las malas artes femeninas y a la nefasta influencia de su madre. Se olvida que ella había nacido en un entorno familiar en el que el lazo de parentesco con Augusto era el criterio a utilizar para nombrar al príncipe de turno, y Agripina era una descendiente directa. Sin negar sus notables y elevadas dosis de ambición, como sucedió también con los varones de su familia, Agripina no hacía más que reproducir comportamientos de Livia o incluso de su propia madre. Al actuar en la desmesura y no ser consciente de que estaba eligiendo a un príncipe inadecuado, ni darse cuenta de que Nerón no le permitiría gobernar, sus acciones a largo plazo sirvieron para que esta dinastía desapareciera.

## La madre y la mujer poderosa en los discursos masculinos. Prejuicios del pasado en las historias del presente

Resulta innegable que en la sociedad romana del Principado de Augusto y sus sucesores, las Julio-claudias imponen nuevos comportamientos femeninos, aunque afectaron a un número reducido de mujeres. Las aproximaciones a las biografías de Livia y Agripina la Menor, o la Joven, muestran cómo estos personajes, privados oficialmente de la acción de gobernar, pretendieron hacerlo a través de sus hijos. Pero no cabe duda de que llevaron al extremo su influencia y papel en la *domus Augusta*, con sus desvelos para que sus descendientes dirigieran el Imperio. Y, aunque no es fácil demostrarlo, no resulta inverosímil que, conscientes de la incapacidad de sus hijos como gobernantes y para defender los asuntos públicos y el Estado, se involucrasen en los asuntos de gobierno con el afán de evitar desastres políticos y erráticas decisiones; con ello, hacían gala de su elevado sentido cívico en la defensa de los asuntos públicos y de Estado.

De forma paradójica, porque no podía ocurrir de otra manera, provocaron que sus hijos gobernarán, cuando ellas eran más capaces, como evidentemente se demuestra en el caso de Livia, quien obró con inteligencia al aconsejar a su esposo Augusto y con prudencia al aceptar la distancia impuesta por su hijo Tiberio; incluso han de reconocerse las habilidades de Agripina, que sobrevivió a las excentricidades vesánicas de su hermano Calígula y se impuso a su esposo Claudio, aunque fue incapaz de controlar la crueldad de su vástago Nerón. Por ello, Livia frente a cualquier otra mujer Julio-claudia simbolizó a la perfección el modelo femenino de la *domus Augusta*.

En realidad, como Augusto y sobre todo Livia habían pretendido, en la familia del príncipe, las mujeres debían asumir, y la mayoría así lo hicieron, el rol de matronas ejemplares al servicio de los intereses políticos del momento, como también ocurrió en la etapa republicana. Sin posibilidad de ver reconocidas oficialmente sus actividades, en calidad de miembros de la *domus* imperial, supieron aprovecharse de su posición de madres, pero sólo pudieron intervenir, aunque lo hicieron activamente, en la cuestión sucesoria. Una vez nombrados príncipes, los hijos, siguiendo los patrones propios del comportamiento masculino rompían con la madre para no dar la imagen de *seres dominados*.

En el caso concreto de Livia, la sociedad romana parece haber sido consciente del alcance de su labor pública, sobre todo en la afirmación del Principado y en la política de profundos cambios promovidos por Augusto, con quien, no cabe duda, compartió el ideario político. Su papel fue crucial en la legitimación del poder de la dinastía Julio-claudia. Pero otra mujer, empeñada en que su hijo, no dotado para el arte de gobierno, se convirtiese en príncipe, quizá contribuyó, muy a su pesar, al final de esta misma dinastía. Tras propiciar el final violento de su madre, Nerón también fue víctima de una conspiración y no falleció por causas naturales. Con él desaparecía una dinastía, que había permitido que las mujeres obtuvieran un reconocimiento nunca antes otorgado a las ciudadanas romanas. Esta situación, obviamente, no se generalizó al resto de la población femenina, cuya situación apenas se había modificado.

En el fondo, si los parientes femeninos de la familia de Augusto tuvieron protagonismo público fue porque así lo quisieron los varones, ya que eran útiles para su política como modelos femeninos de otras mujeres. De ahí la exaltación de la madre, que seguía reproduciendo la figura de la matrona, dedicada al servicio de la *domus*, a velar por los destinos de sus hijos. Su empeño en alcanzar las más altas dignidades para sus hijos, al final, no rompía con la tradición, ya que Livia y Agripina estaban buscando lo mejor para sus descendientes. Pero si ambas mujeres, en especial Agripina, no fueron bien tratadas por la literatura grecolatina, y también por la historiografía moderna, se debe a que desde su posición de madres actuaron y cambiaron los destinos del Imperio. Ellas fueron las que finalmente impusieron a los nuevos gobernantes, aunque nunca compartieron su poder, como no podía ser de otra manera en la época. El deseable rol femenino tradicional de defender los intereses de los hijos se transmuta en algo denostable, desde la percepción de los autores tradicionales, temerosos de que algunas mujeres se aprovecharan de su influencia y manipulasen a la descendencia en su propio beneficio. Nunca reconocerán su situación de víctimas al final de su vida, sino que exaltarán su papel de madres dominantes en un intento imposible de justificar el comportamiento filial. En verdad, ni siquiera en su condición de progenitoras se podía tolerar que una mujer gozase de más parcelas de poder que su descendiente varón, un prejuicio arraigado en la Roma antigua, pero también en otras sociedades posteriores. De ahí que Tácito y sus famosos *Anales* sigan inspirando las potentes imágenes de los males que puede ocasionar el poder político en manos de las mujeres.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUDO CUBAS, Rosa María (1992): *Suetonio. Vidas de los Doce Césares*, tomo I. Madrid: Gredos.
- BARRET, A. Anthony (1996): *Agrippina. Sex, Power and Politics in the Early Empire*. New Haven: Yale University Press.
- (2004 [orig. inglés, 2002<sup>1</sup>]): *Livia: primera dama de la Roma imperial*. Madrid: Espasa Calpe.
- BARTMAN, Elizabeth (2012): «Early Imperial Female Portraiture» en: Sharon L. James & Sheila Dillon (2012): *Women in the Ancient World*. Malden - Oxford - West Sussex: Wiley-Blackwell, pp. 414-422.
- BAUMAN, Richard A. (1992): *Women and Politics in Ancient Rome*. Londres: Routledge.
- BERRINO, Nicoletta Francesca (2006): *Mulier Potens: Realtà Femminili nel mondo antico*. Galatina, Lecce: Congedo.
- BERTHOLET, Florence, BIELMAN SÁNCHEZ, Anne & FREI-STOLBA, Regula (eds.) (2008): *Les différents visages des femmes antiques*. Berna: Peter Lang.
- BURNS, Jasper (2007): *Great Women of Imperial Rome. Mothers and Wives of the Caesars*. Londres: Routledge.
- CAZENAVE, Michel - AUGUET, Roland (1990 [orig. francés 1976]): *Gli imperatori folli. L'irruzione del femminile nella gestione del potere*. Como: Red.

- CENERINI, Francesca (2002): *La donna romana. modelli e realta*. Bologna: Il Mulino.
- (2009): *Dive e Donne. Mogli, madri, figlie e sorelle degli imperatori romani da Augusto a Commodo*. Imola: Angelini Editore.
- CID LÓPEZ, Rosa María (1996): «El filohelenismo alejandrino de Calígula y el culto a *Drusilla-Panthea*», *Kolaios*, 4 pp. 345-364.
- (1997): «El protagonismo de las mujeres Julio-Claudias en la *Domus Caesarum*: los precedentes de las dinastías helenísticas» en: *II Reunión de Historiadores del mundo griego antiguo. Homenaje a F. Gascó*. Sevilla, pp. 249-260.
- (1998): «*Livia versus diva Augusta*. La mujer del príncipe y el culto imperial», *Arys* 1, pp. 139-155.
- (1999): «Imágenes femeninas en Tácito: las mujeres de la familia de Augusto según los *Anales*» en: *Corona Spicea. In Memoriam Cristobal Rodríguez Alonso*. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, pp. 69-79.
- (2000): «Mujeres y poder en la antigüedad: los modelos de Cleopatra y Livia» en: Ana I. Cerrada y Cristina Segura Graiño (eds.): *Las Mujeres y el poder. Representaciones y prácticas de vida*. Madrid: Almudayna, pp. 65-78.
- (2009) (coord.): *Madres y maternidades. Construcciones culturales en la civilización clásica*. Oviedo: KRK.
- (2010a) (ed.): *Maternidad/les: representaciones y realidad social. Edades antigua y media*. Madrid.: Almudayna.
- (2010b): «Mujeres poderosas del Imperio romano en la historiografía moderna. Algunas notas críticas a las visiones de la Ilustración y su influencia» en: César Fornis, Julián Gallego, Pedro López Barja y Miriam Valdés (eds.): *Dialéctica histórica y compromiso social. Homenaje a Domingo Plácido*. Madrid: Pórtico, vol. 2, pp. 684-701.
- (2012): «Cleopatra. Entre Oriente y Occidente» en: Pilar Díaz Sánchez, María Jesús Fuente y Gloria Franco Rubio (eds.): *Impulsando la historia de las Mujeres. La estela de Cristina Segura*. Huelva: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva, pp. 143-155.
- CORBIER, Mireille (1995): «Male Power and Legitimacy through Women: the *domus Augusta* under the Julio-Claudians» en: Richard Hawley & Barbara Levick (eds.): *Women in Antiquity. New Assesments*. Londres: Routledge, pp. 178-193.
- DÍAZ GARCÍA, Beatriz T. (2013): «La *domus regnatricis tacitea*» en: Rosa María Cid López y Estela García Fernández (eds.): *Debita verba. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés*. Tomo II. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, pp. 477-498.
- DIXON, Suzanne (2001): *Reading Roman Women. Sources, Genres and Real Life*. Londres: Duckworth.
- DOMÍNGUEZ ARRANZ, Almudena (2009): «Maternidad y poder femenino en el alto imperio: imagen pública de una primera dama» en: Rosa María Cid López (coord.): *Madres y Maternidades. Construcciones culturales en la civilización clásica*. Oviedo: KRK, pp. 215-252.
- (2010) (ed.): *Mujeres en la Antigüedad clásica. Género, poder y conflicto*. Madrid: Sílex.

- (2013) (ed.): *Política y género en la propaganda en la antigüedad. Antecedentes y legado*. Oviedo: Trea.
- FANTHAM, Elaine (2006): *Julia Augusti, the Emperor's Daughter*. Londres - Nueva York: Routledge.
- FERRERO, Giovanni (1925 [1911<sup>1</sup>]): *Le Donne dei Cesari*. Milán: Athena.
- FISCHLER, Susan (1994): «Social Stereotypes and Historical Analysis. The Case of the Imperial Women at Rome» en: Leonce J. Archer, Susan Fischler & Maria Wyke: *Women in ancient Societies: an Illusion of the Night*. Houndmills -Basingstoke-Hampshire: MacMillan, pp. 115-133.
- FRASCETTI, Augusto (2001 [orig. en italiano 1994]): «Livia the Politician» en: Augusto Frascetti: *Roman Women*. Chicago-Londres: The University of Chicago Press, pp. 100-116.
- FRESISENBRUCH, Annelise (2012): *Le donne di Roma. Potere, sesso e politica in età imperiale*. Milán-Turín: Bruno Mondadori.
- FREI-STOLBA, Regula; BIELMAN, Anne & BIANCHI, Olivier (eds.) (2003): *Les femmes antiques entre sphère privée et sphère publique*. Berna: Echo.
- (2008): «Livie et aliae: le culte des divi et leurs prêtresses; le culte des divae» en: Florence Bertholet, Anne Bielman Sánchez & Regula Frei-Stolba (eds.): *Egypte-Grèce-Rome. Les différents visages des femmes antiques*. Berna: Peter Lang.
- GINSBURG, Judith (2006 [reimp. 2004]): *Representing Agrippina. Constructions of Female Power in the Early Roman Empire*. Oxford-Nueva York: Oxford University Press.
- GRIMAL, Pierre (1996 [orig. en francés 1992]): *Memorias de Agripina*. Madrid: Edhasa.
- HALLET Judith P., «Women in Augustan Rome» en: Sharon L. James & Sheila Dillon (2012): *Women in the Ancient World*. Malden - Oxford - West Sussex: Wiley-Blackwell, pp. 372-384.
- HEMELRIJK, Emily A. (1999): *Matrona Docta. Educated women in the Roman Elite from Cornelia to Julia Domna*. Londres: Routledge.
- HIDALGO DE LA VEGA, María José (1998): «Mujeres, familia y sucesión dinástica: Julia, Livia y Agripina» en: *Historia y Arqueología. Actas del IX congreso Español de Estudios Clásicos*. Madrid, pp. 131-140.
- (2003): «Esposas, hijas y madres imperiales: el poder de la legitimidad dinástica», *Latomus* 62, pp. 47-2002.
- (2007): «La imagen de la mala emperatriz en el Alto Imperio: Mesalina, meretrix Augusta», *Gerión*, vol. extra, pp. 395-409.
- (2009): «Maternidad y poder político: las princesas julio-claudias» en: Rosa María Cid López (ed.): *Madres y Maternidades. Construcciones culturales en la civilización clásica*. Oviedo: KRK, pp. 185-213.
- (2012): *Las emperatrices romanas. Sueños de púrpura y poder oculto*. Salamanca: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Salamanca.
- JAMES, Sharon L. & DILLON, Sheila (2012): *Women in the Ancient World*. Malden-Oxford - West Sussex: Wiley-Blackwell.
- KAPLAN, Mary (1979): «Agrippina semper atrox: a Study in Tacitus' Characterization of Women» en: Carl Deroux: *Studies in Latin Literature and Roman history*. Bruselas: Latomus, 164, pp. 410-417.

- KATSARI, Constantina (2002): «Public Images of Roman Imperial Women during the Julio-Claudian Period: a Review Article», *Women's Studies Review* 8, pp. 1-12.
- KEITH, Alison, «Women in Augustan Literature» en: Sharon L. James & Sheila Dillon (2012): *Women in the Ancient World*. Malden - Oxford - West Sussex: Wiley-Blackwell, pp. 385-399.
- KELTANEN, Minerva (2002): «The Public Image of the Four Empresses» en: Päivi Setälä et al.: *Women, Wealth and Power in the Roman Empire*. Roma: Institutum Romanum Finlandiae, pp. 105-145.
- KOKKINOS, Nikos (1992): *Antonia Augusta. Portrait of a Great Roman Lady*. Londres: Routledge.
- LAURENCE, Ray (1997): «History and female Power at Rome» en: Tim Cornell – Kathryn Lomas (ed.): *Gender and Ethnicity in Ancient Italy*. Londres: Accordia, pp. 129-140.
- MACCABE, Joseph (1911): *The Empresses of Rome*. Nueva York: Henry Holt and Company.
- MAS TORRES, Salvador (2013): «Mesalina y Agripina en la narrativa de Tácito» en: Rosa María Cid López y Estela García Fernández (eds.): *Debita verba. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés*. Tomo II. Oviedo: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo, pp. 535-549.
- MILNOR, Kristina (2005): *Gender, Domesticity and the Age of Augustus. Inventing Private Life*. Oxford: Oxford University Press.
- MORALEJO, José Luis (1984 y 1986): *Tácito. Anales*. vols. 19 y 30. Madrid: Gredos.
- ROERGAS DE SERVIEZ, Jacques (1913 [orig. francés, 1720]): *The Roman Empresses or the History of the Lives and Secret Intrigues of the Wives of the Twelve Caesars*. Trad. inglesa H. S. Nichols. Nueva York.
- SANTORO L'HOIR, Francesca (1994): «Tacitus and Women's Usurpation of Power», *The Classical World* 88, pp. 5-25.
- SILVAGNI, Umberto (1927<sup>3</sup>): *L'Impero e le donne dei Cesari*. Turín: Fratelli Bocca.
- SKINNER, Marilyn B. (2005): *Sexuality in Greek and Roman Culture*. Oxford: Blackwell.
- SYME, Ronald (1981): «Princesses and Others in Tacitus», *Greece and Rome* 28, pp. 40-52.
- WOOD, Susan E. (1999): *Imperial Women. A Study in public Images. B.C. 40 – A. D. 68*, Leiden: Brill.

Recibido el 14 de octubre de 2013

Aceptado el 18 de diciembre de 2013

BIBLID [1132-8231 (2014) 25: 179-201]